

y sacerdote immaculado. Si mi atención se fijó en los enviados de los monarcas protestantes de la Gran Bretaña y de la Alemania, de la cismática Rusia, de la Francia fiel aún en medio de tantos trastornos, de las siempre católicas Austria y España, y de las demás potencias Europeas, os confieso que de preferencia arrebataron mis miradas los embajadores de las diversas naciones de la joven América.

Hablé con el encargado de presentar los dones del Presidente de los Estados-Unidos. Discurrí largamente con el enviado de la República de Colombia, acerca de la evolución pacífica verificada en aquel país, en que los desórdenes radicales llegaron á más alto grado que entre nosotros, y que no obstante, ahora es abiertamente católico.

El actual presidente del Ecuador, entonces ministro plenipotenciario cerca de la Santa Sede, se glorió en mi presencia, y con justicia, del catolicismo nunca desmentido de la nación que representaba. Ví al legado de la República Argentina, dar plena satisfacción por anteriores faltas y solicitar la protección de la Silla Apostólica. La República de Venezuela, que no hace muchos años amenazaba con un cisma, ahora mandaba á su embajador con ricos presentes. El Imperio del Brasil, además de valiosos dones, obsequiaba al Padre Santo con una ley aboliendo la esclavitud. El Perú y Bolivia, despreciados por el mundo después de sus desastres militares, acudían á recibir del Padre de los fieles los consuelos que prodiga á las naciones católicas, aunque desgraciadas. Por último, el Presidente de Chile, de esa poderosa República que después de sus brillantes victorias por mar

y por tierra, ha alcanzado sin disputa la hegemonía de la América Meridional, enviaba á su propio hermano á rendir homenaje al Jefe de la Cristiandad; y el altivo Cóndor, que revuela triunfante sobre los Andes y reina sin rival sobre el Pacífico, no tenía á mengua el unirse á las Águilas de Prusia y de Francia, de Rusia y de Austria, é ir á plegar las alas ante el trono excelso del Vicario de Jesucristo.

En medio de tan ilustres personajes, presenté mis dones y los vuestros, sin imaginarme siquiera la honra que iba á dispensarles el Príncipe de los Pastores. Prefiriéndolo á otros más ricos, y salidos de alcázares reales, escogió el cáliz ofrecido por San Luis Potosí, para celebrar el incruento sacrificio la mañana del inolvidable 1.º de Enero de 1888; y lo hizo después colocar entre los regalos de los Soberanos, juntamente con las cruces pectorales presentadas por mí mismo y mi venerable Cabildo. Como muestra de su agradecimiento, concedió al mismo Cabildo distinciones singulares, y agració con la cruz del orden Pontificio de San Gregorio, á los que más generosidad y mayor prontitud mostraron, cuando solicité la cooperación de mis diocesanos para las fiestas jubilares. En cuanto á mi humilde persona, mi presencia le fué tan grata, que á pesar de haberle manifestado la conveniencia de mi pronto regreso á la diócesi, me convidó, me instó, me obligó á que permaneciera en Europa, por lo menos hasta el mes de Abril; y cuando llegada esa época fuí á pedir su venia para partir, me hizo todavía quedar hasta la llegada de la peregrinación mexicana, gloriosa manifestación que el Pontífice mismo y los romanos todos supieron estimar en todo su valor.

Entretanto no olvidaba yo mi Seminario; y para provecho suyo emprendí dos viajes á las colinas que prestan su sombra á Florencia, en cuyas alturas reside el General de la Compañía de Jesús. Reanudé relaciones con mis maestros y discípulos de la Provincia Romana, y visité con escrupuloso cuidado las de Aragón y de Castilla. Como la penuria de sujetos en la mexicana había impedido que se satisficieran mis deseos y los de muchos de mis diocesanos, dándoseme un cuerpo completo de profesores, quise probar fortuna en otras regiones. No todo se consigue en un día, ni depende de la voluntad de un solo hombre. El tiempo dirá si mis esfuerzos fueron vanos.

Terminó por fin la ausencia, prolongada por orden expresa del Vicario de Jesucristo; y á la luz del sol resplandeciente de mediodía, entré con toda solemnidad á esta mi ciudad episcopal el 27 de Julio del presente año. Grande fué mi gozo, al ver en mi Santa Iglesia Catedral, entre los miembros de mi Cabildo y de mi Clero, que entonaban conmigo el himno Ambrosiano, á los profesores y numerosos alumnos de mi no olvidado Seminario, tendidos frente al altar en orden de batalla, viviente manifestación de las esperanzas de mi diócesi. Tanto mayor fué mi regocijo el contemplarlos cuanto que (*incredibile dictu!*) en trece meses de ausencia, nada, absolutamente nada había yo sabido de este mi ateneo. En comunicación casi diaria, por correo y por telégrafo, con todos mis empleados y funcionarios, informado constantemente de cuanto ocurría en mi Obispado, no sé qué adverso Numen se empeñó en levantar una muralla más impenetrable que la de China entre el Prelado y su más

importante y querido instituto. ¿Recordáis las palabras que al llegar os dirigí? “Quisiera infundiros (dije) algo de ese valor sobrenatural que se adquiere al pie del Vaticano. . . . Torno á vosotros rejuvenecido: las aguas saludables que he tomado, purificándome de mis antiguas dolencias, han prestado nuevo vigor á mi cuerpo; y las escenas grandiosas de que he sido testigo en derredor del Vicario de Cristo, han comunicado á mi alma centuplicada energía. . . . Por mares más procelosos he navegado (añadí) y ya dos barquillas he conducido á puerto de salvamento, en medio de recios huracanes. ¡Figuraos si me faltarán fuerzas y entereza para guiar la nave que ahora tengo confiada, á pesar de momentáneas tempestades, suscitadas en un mar ordinariamente tranquilo!”

Otro tanto os digo con respecto á mi Seminario. Yo sabré cuidar de esta barca y de la gente que en ella navega, en todos tiempos y en todas circunstancias. Si preciso fuere, me sentaré al timón; y si lo exigieren nuevos azares, con mis propias manos ejecutaré las maniobras, cuando para ello no bastaren los tripulantes. Este caso, empero, estoy seguro que no llegará. He tenido ocasión de probar la obediencia de mis profesores del Clero secular, y he quedado de ellos altamente satisfecho. Por mi parte, han sido y seguirán siendo el objeto de mis afanes y de mi especial predilección. Si hace poco os decía que quiero que los difíciles curatos de la Huasteca sean puestos de honor, ahora os repito, lo que varias veces he afirmado en mis conversaciones particulares. Considero más meritorio el trabajo del profesor, que permanece en el Seminario largos años, contento

con un mezquino sueldo, y sujeto á una disciplina severa y á las incomodidades de la vida de rutina y de encierro del colegial, que el del vicario y misionero que administra los sacramentos en los campos; pero que á pesar de sus rudas fatigas, disfruta de mayor libertad, de mejores emolumentos y más comodidades. Fiel á este principio, no hace muchos meses que saqué de las aulas á uno de vuestros catedráticos, y le ofrecí el primer curato de la diócesi: si hubiera aceptado, á los pocos meses se le habría concedido una prebenda, que de propósito había dejado vacante.

Reanudando el hilo de mi discurso, os diré que por causa de la incomunicación en que estuve con el Seminario durante mi ausencia, me es imposible deciros si ha progresado de dos años á esta parte tanto como yo me lisonjeaba y os ofrecí. Es cierto que he asistido á los exámenes; pero éstos *por sí solos* no son una prueba suficiente de los adelantos de un alumno, de una clase, de un establecimiento. Os diré, sin embargo, lo que de ellos he deducido, sin lisonjear á nadie, aunque á riesgo de herir susceptibilidades. He encontrado que en los exámenes de Teología más han brillado los que mejor poseen el idioma latino. He oído del Profesor de Filosofía las mismas quejas que su predecesor en la cátedra exhalaba en mi presencia: no saben sus alumnos suficientemente el latín, y por tanto, pierden mucho el tiempo, comprenden imperfectamente el libro de texto, y no aprovechan cuanto debieran. Me temo, por lo que ví en los exámenes de Humanidades, que otro tanto acaecerá con los que pasen á Filosofía el año venidero. Aunque mucho se ha estudiado la literatura española en ese

tercer año de latín, lo mismo que en el segundo, poquísimos se ha traducido, y casi ningún conocimiento tienen los alumnos de los clásicos de la antigüedad. Los de primer año de latinidad, me parecen bien preparados; y si el próximo año académico se les ejercita asiduamente en la composición, y se les obliga á estudiar muchos autores latinos, podrán ser superiores á los que los han precedido.

Es indispensable, sobre todo en la actualidad, que el estudio de los idiomas modernos sea más completo: si se hubiere de limitar en lo futuro á los imperfectos rudimentos de que este año se ha dado muestra, casi, casi preferiría que se suprimiese por completo. Me agradaría igualmente que se tuviesen en más alto concepto ciertos ramos, como el griego, la geografía y la historia, á que se me figura se ha prestado poca atención. De los exámenes de Matemáticas y de los informes que se me han dado, deduzco que el año próximo, contando con la puntualidad del docto Profesor, la cátedra de Física y Química podrá gloriarse de muchos y muy aventajados alumnos. Si me he de atener á lo que he visto y oído en la escuela de instrucción primaria, no podrán con fundamento hacerse este año los reproches de que el pasado se quejaba el Rector, en su informe que últimamente he leído.

No terminaré sin hablar de un punto importantísimo en un colegio eclesiástico: las rúbricas y sagradas ceremonias. Los exámenes, no puedo negarlo, fueron lucidos; pero por desgracia la práctica no corresponde á la teoría. Es indispensable que lo que tan bien se estudia en los libros, se ponga en ejecución, no sólo en las fiestas

á que se concurre á Catedral, sino también en la capilla de este Colegio. Acaece á menudo con las ceremonias entre los eclesiásticos, lo que con la caligrafía en todas las clases de la sociedad. Porque vemos que muchos grandes hombres han tenido mala forma de letra, nos figuramos ser insignes personajes, si trazamos en el papel ininteligibles garabatos. De igual suerte, porque sabemos que algunos sapientísimos sacerdotes, por dedicarse al estudio de las ciencias han descuidado el de las rúbricas, creemos ser igualmente doctos, igualándolos y aun sobrepujándolos en su desprecio por las ceremonias eclesiásticas. ¡Absurdo prurito en verdad! Debéis amar, oh seminaristas, á ejemplo de David, el decoro de la casa de Dios, y aprender desde temprano teórica y prácticamente esas augustas ceremonias que añaden tanta majestad y belleza al culto divino.

Señores: Hoy es el cuarto aniversario de mi traslación á este querido Obispado. Para conmemorar un hecho para mí tan grato, he fijado desde el principio el día 13 de Noviembre para la solemne distribución de premios de este Colegio. En los años transcurridos, mis sentimientos hacia vosotros no han cambiado, y trabajo en provecho vuestro con el mismo ahinco, la misma constancia, la misma actividad que cuando llegué. Ignoro si mis fatigas os serán en lo de adelante tan aceptas como cuando con tanto amor me acogisteis en vuestro seno; pero os aseguro que nunca menguará mi anhelo por servirlos. Estimo en mucho vuestro cariño; pero ni me embriagan los aplausos, ni soy esclavo de la popularidad. En mi vida pública, ya no tan breve, me he hallado varias veces en el polvo, y varias veces encumbrado en el altar.

Impasible he permanecido bajo las tempestades de alabanzas; impasible bajo las granizadas de vituperios. Lo mismo haré en lo de adelante, y trabajaré en todas circunstancias por llenar mi deber, por agradar á Dios, por cumplir con la misión que me confiara el Espíritu Santo.

